

Se busca extraer rentabilidad de todas las actividades del hombre, haciendo que la diferenciación entre la privacidad y lo público se vuelva indistinguible, innecesaria o irrelevante, y con el fin de forjar un tipo humano capaz de permanecer en actividad laboral continua, que consuma las 24 horas del día, que esté adosado a servicios de interconexión desde el principio hasta el final de su vida. No habría momentos de paz o de pausa, pues los ámbitos de trabajo, consumo y entretenimiento, la información y la gestión narcisista de la propia imagen se integran y coaligan entre sí en una misma temporalidad a lo largo de un mirador orbicular. Ya no habría "afueras". En un mundo así, se alienta el consumo visual de simulaciones eficaces, que confirman el estado de cosas imperante, y se castigan o desestiman las imágenes que pudieran reorientar la percepción y la vida anímica hacia encuentros y proyectos desligados de la pura autoadministración que no tiene en cuenta al semejante. [...]

De modo que este es un libro de pesadillas, pero también de revelaciones, de advertencias acerca de una amenaza que podría volverse aún más inclemente. Se nos avisa que el próximo paso del capitalismo del siglo XXI, aunque parezca inconcebible, es acceder al sueño, ese tiempo "ambiguo" que hasta ahora había resistido todo intento de intromisión, para explorarlo, regirlo, incluso para suprimirlo. ¿Puede extraerse valor comercial del sueño? ¿Podría sernos expropiado? Se diría que eso es imposible, pero tal vez esa sea la ambición, inmensamente fáustica, del capitalismo actual. No se sale indemne de la lectura de estas páginas. Suscitan inquietud, por no decir escalofrío.

Christian Ferrer
"Prólogo"